

¿Qué sociedad queremos construir?

Carlos Álvarez Jiménez

Miembro del Consejo de Patronos de la Asociación Española de Fundaciones

SUMARIO: I. EL ENTORNO.—II. ALCANCE DEL COMPROMISO.—III. SOCIEDAD CIVIL.—IV. CONDICIONAMIENTOS PERSONALES.—V. DIGNIDAD DE LA PERSONA.—VI. LIBERTAD.—VII. MODELO DE SOCIEDAD.—VIII. ÁMBITO DE REFLEXIÓN.—IX. POLÍTICAS A DESARROLLAR.—X. RESUMEN.

Buenas tardes y muchas gracias por su presencia.

Cuando me propusieron impartir una conferencia en esta docta casa, honor que agradezco al permitirme hablar de nuevo en el Ateneo, indiqué que quería desarrollar un tema esencial para mí, referido a algo sobre lo que deseo profundizar y buscar respuestas.

Creo que no soy pesimista si digo que vivimos, y eso me preocupa, en un mundo «desnortado», tal vez por crisis de valores y carencia de líderes. Ante tal situación, algo debemos hacer; y ese algo es el tema de mi conferencia. Buscando su título pensé en ¿Qué sociedad queremos?, pero me pareció que cabía interpretarlo como ¿En qué sociedad quiero vivir? o ¿Qué sociedad deseo?

Mi objetivo es reflexionar sobre «la sociedad que queremos construir con la participación de todos». El enfoque es proactivo ya que se trata de decidir qué sociedad pretendemos y qué estamos dispuestos a hacer y a dar para conseguirla. Exige análisis y compromiso. La materia es extensa y por ello algunos aspectos los ampliaré en el coloquio.

El objetivo es exigente para todos y cada uno de nosotros. Comprendo que a estas conferencias se acude a escuchar algo interesante y enriquecedor, pero no a que nos compliquen la vida; también puede pensarse que me muevo en la utopía ya que —*a priori*— poco podemos hacer. Lo cierto es que, si no soñamos en grande, si no ponemos pasión y si no actuamos, no mejoraremos.

Alguien me dijo que este tema es el desafío de la juventud. He meditado sobre ello y creo que nos concierne a todos; la situación afecta a la totalidad

de la ciudadanía, que debe ser beligerante. Los mayores de 65 años (el 20% de la población) que nos beneficiaremos menos tiempo de lo realizado, somos responsables de nuestro legado a las siguientes generaciones. A los jóvenes hay que animarlos a comprometerse ya que si se entusiasman pueden cambiar muchas cosas.

Cuando empecé a trabajar sobre ello lo hice con la intención de ser «neutral», no dando mis opiniones sobre la sociedad que deseo; cada uno tiene su proyecto de vida y mi objetivo no es cambiarlo. Lo cierto es que no voy a ser totalmente imparcial, pues algunas críticas y análisis reflejan mis criterios, posiblemente no acertados.

En esta sala veo a personas que ya me han escuchado en alguna otra oportunidad; aprovecho para agradecer su confianza y anticipo que diré algunas cosas que les sonarán. Aunque es la primera vez que desarrollo esta materia, para ser coherente tengo que basarme en los valores que defiendo y asumo, a los que me he referido en otras ocasiones.

La duración de esta intervención será de 50 minutos y la comienzo por la conclusión: «una actitud responsable, ante nosotros mismos y ante la sociedad, exige que profundicemos en el estudio serio y riguroso de sus problemas y, a partir de nuestros principios, les demos solución».

I. El entorno

Antes de precisar qué queremos, debemos realizar el diagnóstico del entorno. Es difícil, ya que habitamos en un mundo cambiante a diferentes ritmos; muy acelerado en lo tecnológico, en las comunicaciones y en la información (confío sea para bien y no para quitarnos intimidad) pero menos en lo sociológico y en el comportamiento de las personas.

No es fácil decidir hacia dónde queremos ir ya que nos desorienta estar en una sociedad configurada más en función de la economía y de la política que de la persona, dominada por el cortoplacismo y la finitud, y en la que se han difuminado conceptos como la trascendencia y la espiritualidad.

Nos predicen que los trabajos a realizar dentro de 20 años no se han inventado todavía. Este y otros augurios tenemos que valorarlos con serenidad. Cuando nací, residíamos en España 26 millones de personas, ahora 46; la mitad de la población activa era agraria, ahora solo el 6%. Lo hemos asimilado y vivimos mejor.

La sociedad ha devenido en compleja hasta para quienes se dedican a su análisis. Para los aficionados, entre los que me encuentro, el afirmar que po-

demos actuar sobre ella puede calificarse como temeridad. Lo acepto, aunque lo contrario —inhibirnos— es pasotismo o indiferencia.

Afrontarlo exige acendrar nuestro pensamiento eliminando lo accidental para conocernos mejor —el Gnóthi seautón de los griegos— desarrollarnos, tener ideas y proyectarlas socialmente. A veces hemos caído en la trampa de asumir modas que se convierten en dogmas, o admitir opiniones que nos alejan de la verdad.

Para acertar debemos cultivar nuestro sentido analítico y crítico, profundizar en las causas, formarnos adecuadamente y dialogar con lealtad, configurando así principios sólidos y fundamentados, no exentos de rebeldía e inconformismo, para ser nosotros mismos y no dejarnos arrastrar por lo convencional. Se trata de ver lo «invisible»: las cosas como realmente son.

Si nuestro razonamiento no está presidido por la integralidad —una visión del entorno en la que para formular un juicio o decisión se tienen en cuenta todos los valores y circunstancias que confluyen— incurriremos en la superficialidad.

La información de cualquier naturaleza que recibimos está, a veces, al servicio de intereses ocultos o maquillados para inducirnos al error, provocarnos emociones o conseguir nuestro apoyo. Las redes sociales difunden en ocasiones hechos falsos. No es posible atinar sin contar con un «mapa» fiable, ello requiere desbrozar cuanto nos llega, averiguar la auténtica realidad y perseguir el interés general.

La comunicación masiva, que mezcla opinión con noticias no contrastadas y se fundamenta en lo verosímil, nos desborda y falsea los hechos. La prensa, radio y televisión transmiten información con frecuencia basada en rumores y falacias. Solo debemos dar crédito a la veraz, que emana de fuentes rigurosas y de confianza.

Fruto de la participación compulsiva en las redes sociales, los temas candentes generan una torre de Babel hasta convertir cualquier acontecimiento en un «asunto del momento» de corta duración. Hoy una mentira se propaga con mayor velocidad y más difusión que en ningún otro tiempo.

Esto ha contribuido a acuñar el concepto «posverdad». Al no contar todavía con una definición de la Real Academia Española, asumo la de Oxford: «los hechos objetivos influyen menos a la hora de modelar la opinión pública que los llamamientos a la emoción y a la creencia personal».

Nos movemos más en el mundo de las sensaciones primitivas que en la realidad. La posverdad apela a los deseos de las personas, adultera la verdad y

engaña. No se pueden anteponer las emociones y sentimientos manipulados a los hechos y a la razón.

Pudiera pensarse que antes de esta época estábamos en la de la «verdad», cuando la mentira y el relativismo siempre existieron, al igual que los totalitarismos y populismos. La mentira está ahora más «organizada» y globalizada, por lo que hay mayor riesgo de ser intoxicados pues somos más vulnerables, al tiempo que nos convierte en desconfiados y, paradójicamente, más permisivos con los engaños de los políticos.

Hoy cala más la noticia anónima, inculta y falsificada, que la información rigurosa, verificada y responsable que busca la verdad y se mueve en el pensamiento abstracto/complejo. La primera suele ser más atractiva y muchos comunicadores se apuntan a ella potenciando lo irrelevante. Una persona puede ser influyente generando mensajes de 140 caracteres (hoy hasta 280) sin formular una idea profunda, ni realizar actos que avalen una ejecutoria.

Este entorno ha facilitado la extensión de los populismos que, con sus frases hechas, simplificación de las ideas y quimeras, han prosperado en una sociedad poco crítica. Les resulta fácil la fabricación de falsedades que, revestidas de ropajes emocionales, hacen que suenen como verdades.

Por ello, al discurrir sobre la sociedad que queremos construir, tenemos que posicionarnos sobre la autenticidad, el rigor y la verdad, que cohesionan y deben orientar la convivencia y las conductas.

En una época de titulares y frases hechas, es difícil sustraernos a ellos, elaborar juicios rigurosos y transmitirlos de forma precisa, más aún cuando se ataca inquisitorialmente y se descalifica a quienes se manifiestan en contra de las tesis dominantes.

Podemos estar honestamente equivocados, pero no ser reos de las mentiras de los demás o tergiversar los hechos. A veces es suficiente con llamar a las cosas por su nombre y no decir lo políticamente correcto.

Es inmodestia considerar que tenemos «la verdad», cuando solo es nuestra verdad. No somos poseedores de ella, pero nos diferencia el tesón con el que la buscamos. Tenemos que referenciarlos a ciertos principios que no sean una elaboración propia sino fruto de la experiencia de muchos, o caminaremos sin rumbo y con reglas inconsistentes.

II. Alcance del compromiso

Aunque aspiremos a la Arcadia debemos marcarnos objetivos alcanzables. Si recapacitamos sobre dónde estamos y a dónde queremos llegar, y nos unimos y actuamos con entusiasmo, tenemos más fuerza de la que creemos. Todos podemos aportar algún grano de arena para mejorar nuestro entorno inmediato, pero sin olvidarnos de nuestro país, de Europa y de un mundo en el que todo está relacionado. Hay muchos problemas que resolver y tenemos posibilidad de dar soluciones.

Lo peor es caer en el desánimo por sentirnos impotentes, al pensar que esto no está al alcance de nuestras posibilidades. Si a alguien le proponemos que se coma un buey es probable que diga que eso es imposible; y sin embargo puede hacerse si se divide en filetes y se comen tres o cuatro cada día.

Todos formamos parte de varios grupos sociales en los que tenemos capacidad de influencia o creamos opinión si estamos convencidos y entusiasmados. Son la familia, la escuela, la universidad, la empresa, las asociaciones, etcétera.

Al fijar los objetivos hemos de tener en cuenta factores político-sociales y económicos, pues se requieren recursos materiales para alcanzarlos. Vivimos en la inmediatez y ambicionamos recoger los frutos rápidamente; mejorar la sociedad es lento, lo importante es sembrar y ya se recolectará. Hemos de hacerlo desde la apertura, la escucha y el diálogo.

Los pesimistas deben preguntarse si se consideran menos capacitados que muchos de quienes ocupan sus escaños de las Cortes. Si como creo, se valoran más, ya tienen un argumento para la acción, pues aquello que no hagamos nosotros lo harán otros. En tertulias y redes sociales todos opinamos sobre asuntos sociales; se trata de hacerlo de forma ponderada, responsable y comprometida.

No es necesario replantearse todo, pues se ha avanzado notablemente y hay hitos casi inamovibles, así:

- Buscar el bien común y la solidaridad.
- Tener objetivos dentro de la ética y la legalidad.
- Permitir a la persona disfrutar de los derechos universales, desterrando la discriminación.
- Revalorizar al ser humano con un humanismo que le desarrolle intelectual y materialmente.

III. Sociedad civil

Un grupo organizado, con fines de interés general, generosidad y entusiasmo, consigue resultados. Ello ocurre cuando la ciudadanía despierta del letargo, el conformismo y la desmotivación. La sociedad civil en España —un testimonio de libertad— a través de asociaciones y fundaciones —cauce de la filantropía— realiza una gran labor, por lo que si desapareciesen se produciría un considerable retroceso social.

Ante las demandas de los ciudadanos, la sociedad civil puede dar respuestas con agilidad y hechos y no solo con palabras, y convertirse en un factor de progreso, transformador y dinamizador. Se trata de fortalecerla. En los países bien vertebrados, donde se reconoce el principio de subsidiariedad, es respetada por su influencia y por actuar coherentemente.

Una sociedad civil sólida y crítica no está enfrentada al Estado, sino que lo complementa y contribuye a que se considere más a los ciudadanos. Además, debe enviar un mensaje esperanzador, dentro del realismo. El de algunos políticos, sobre todo si están en la oposición, es pesimista, negativo y generador de tristeza.

IV. Condicionamientos personales

La sociedad que deseemos construir depende de nuestras circunstancias personales; somos fruto de nuestra familia, país de nacimiento, religión, educación, etc.

Las diferencias entre los ciudadanos de los distintos países dan lugar a numerosos tipos de sociedad; aunque en lo externo —lo vinculado al consumo— se ha producido un acercamiento, no debemos engañarnos. En la práctica cada uno sentimos afinidad o rechazo hacia los testimonios de otras personas o instituciones.

Nuestra línea de pensamiento es fruto de unos valores/principios interdependientes, y debemos actuar coherentemente con ellos y no aplicarlos caprichosamente. Me centraré en dos: dignidad de la persona y libertad, ya que según los asumamos serán nuestras decisiones.

V. Dignidad de la persona

Debemos optar sobre dónde colocamos a la persona desde una concepción y valoración integral y actuar en consecuencia. Los diversos partidos

políticos tienen plurales criterios a este respecto. Cuando reconocemos la dignidad de la persona, la respetamos y actuamos con tolerancia, justicia e igualdad.

Si damos prelación a la persona, profundizaremos en sus aspiraciones y cuidaremos su desarrollo, potenciando lo que es esencial, sus derechos naturales y su inteligencia, ya que según Aristóteles la sabiduría contribuye a su felicidad (eudaimonia).

VI. Libertad

La mayoría reclamamos libertad para labrar nuestro futuro y elegir los valores por los que nos regimos. El libre albedrío posibilita buscar la verdad y decidir destino. Si no se reconoce, la persona no responde de sus actos, que estarían determinados por la sociedad, sin poder optar entre el bien y el mal.

A la persona libre se le puede exigir responsabilidades. La libertad intelectual nos capacita para juzgar, decidir y desarrollar ideas abstractas como: soberanía, nación, democracia, justicia, igualdad, derechos, felicidad, etc.

La libertad, que nunca es absoluta pues los derechos se autolimitan y está condicionada por los criterios éticos y el comportamiento cívico, no puede restringirse a disfrutar de las libertades políticas básicas, necesarias pero insuficientes. Hay normativa que, sin justificación, coarta la verdadera libertad, al igual que algunos fenómenos sociales como la inseguridad, el terrorismo y la intolerancia. Lo mismo ocurre con los abusos de quienes detentan poder. A veces nosotros mismos la constreñimos al imponernos servidumbres innecesarias.

Tampoco puede identificarse con la libertad de expresión, que es solo una parte de la libertad total, aunque debe protegerse cuando se trata de manifestar ideas propias, pero carece de justificación si solo se traduce en hacer un daño gratuito. El ejercer un derecho no puede convertirnos en seres perversos.

La sociedad es más libre cuando somos más personas (nos alejamos de lo irracional), potenciamos la capacidad de conceptualizar inspirada por principios y fruto del saber, desarrollamos un lenguaje que permite construcciones «lógicas y complejas», que fundamentan proyectos a largo plazo. Los seres primitivos se relacionaban con palabras «concretas» (casa, comida, frío, etc.) que producían pensamientos elementales.

Para conseguirlo necesitamos formación, a esto no contribuye el sustituir la lectura —incita a pensar e imaginar— por la televisión, tablet, móvil y

redes sociales —inducen a ver y reducen las posibilidades de desarrollo personal—. Los elementos fáciles de asimilar no potencian el sentido crítico y no nos hacen más libres. Los avances sociales se producen desde el conocimiento y la creatividad.

Hay propensión a coartar el pluralismo y la libertad, a implantar el pensamiento único y la homogeneización de las conciencias. Existen grupos excluyentes y dogmáticos que tratan de imponer un modelo ideológico y de sociedad.

Debemos tener criterios sobre los límites de la libertad y de la igualdad. No basta con pregonarlas, ni decir que todos somos iguales (cuando somos diferentes). Lo exigible es ser iguales ante la ley y contar con las mismas oportunidades en la educación/formación que posibiliten el perfeccionamiento de la persona, aunque al final cada uno acaba en un sitio diferente.

Nada justifica que existan desigualdades radicalmente injustas entre países, grupos sociales y personas. En Europa se han reducido, pero la situación es mejorable. Hay que buscar la convergencia de las sociedades ya que, por no ser sensibles a los problemas de otros países, ahora nos inquieta la inmigración.

VII. Modelo de sociedad

Tenemos que optar por un modelo de sociedad. Simplificando al máximo, nos movemos entre: mucho Estado, poca sociedad civil y menos libertad (colectivismo) o, en sentido contrario: mínimo Estado, fuerte sociedad civil y bastante libertad (liberalismo). Unos ponen el énfasis en la centralidad de la persona y otros en la del Estado.

Entre ambos está la sociedad del bienestar, fruto de la conjunción de los intereses del Estado y los de la sociedad civil, de la que todos los ciudadanos libres y responsables formamos parte, para desarrollar un proyecto solidario y colectivo.

En España existen diferentes posiciones. Este año se han producido declaraciones contrapuestas en relación con la generosa donación de Amancio Ortega a hospitales españoles. Se ha cuestionado que las personas y la sociedad civil puedan contribuir a fines de interés general, constatándose así un sectarismo tan ignorante como peligroso.

No es fácil el equilibrio entre libertad y solidaridad. La libertad es atributo de la dignidad de la persona, que por naturaleza es solidaria y contribuye a la mejora de la sociedad; pero no podemos desconocer que la justicia social y la lucha contra la exclusión requieren de la participación del Estado.

Los factores económicos condicionan las políticas al ser los medios limitados y hay que optar —en terminología de Samuelson— entre cañones y mantequilla. Por ello debe estar presente la economía moral que incorpora ética, equidad, justicia, solidaridad y bien común.

Ello requiere que converjan la gestión económica (crea riqueza), la acción política (busca la justicia) y el sentir de la sociedad civil (aporta solidaridad). Hay que reconducir nuestra mirada, hoy obsesivamente fija en la política, y dirigirla hacia la persona y la sociedad.

El comunismo ha decaído al no dar respuestas a estos problemas ya que la planificación y la economía centralizada fueron una mala iniciativa y, donde permanecen, su estado es deplorable. Ahora vuelve a emerger el populismo que está presente en países desarrollados y atrasados, con máscaras diferentes (izquierdismo o derechismo extremos).

El populismo es demagogia y defiende políticas irresponsables que venden un mundo irreal que sacrifica el futuro a cambio de unas efímeras mejoras de presente, agravando los problemas de los pueblos afectados. Suele ir acompañado de nacionalismo y racismo, que apelan a instintos primitivos y egoístas, así como de la destrucción del sistema establecido y de los valores tradicionales.

Quienes vivimos en una economía social de mercado, también llamada de empresa, la hemos visto evolucionar y debemos contribuir a que lo haga en la buena dirección, por ser las empresas un actor esencial en nuestra sociedad. ¿Qué podemos esperar de ellas más allá de la creación de riqueza y distribución de bienes y servicios? Una empresa es un «ciudadano» que debe comportarse, lo mismo que las personas, solidaria y pacíficamente en su relación con los demás.

Las empresas mercantiles y de economía social deben gestionar mejor, ser competitivas y crear más puestos de trabajo. Además, pueden ser una escuela de compartir, de transparencia, de participación, de valores, de cooperación y de compromiso cívico; si actúan con ética, respetan los derechos y no son cortoplacistas, su actuación será fructífera para la comunidad.

Todos estamos vinculados a una o varias entidades públicas o privadas, mercantiles o solidarias, y debemos aportar ideas sobre cómo deben funcionar y trabajar para mejorarlas. No podemos quejarnos y no tratar de perfeccionarlas.

VIII. **Ámbito de reflexión**

Planteada la necesidad de mejorar la sociedad. ¿Qué ámbito espacial debe preocuparnos? No se trata de arreglar el mundo, pero si ignoramos la interrelación global, podemos errar en las políticas nacionales, por ello debemos comprometernos con todo cuanto pueda afectarnos.

—*La globalización*: se ha producido un estallido de interdependencia planetaria no previsible hace 50 años. Si este impulso no es solidario puede generar rupturas en la humanidad. Esta situación no encontrará una respuesta si nos limitamos al plano económico, desconociendo el moral.

Es necesario tener una visión amplia, aunque nuestro objetivo sea más modesto; lo inmenso no debe inducirnos a ignorarlo. Mientras hay personas que solo hablan, otras se preocupan por los problemas globales y luchan para cambiar paradigmas sociales.

Es preciso posicionarse sobre cómo impulsar una cultura de la solidaridad y de acogida, favorecer foros de diálogo y promover normas que salvaguarden los derechos. La sociedad por construir tiene que ser sólida en sus principios y dinámica en sus objetivos y formas. Los habitantes de la tierra formamos parte de la «raza humana», hecho más trascendente que las fronteras, fruto del reparto de tierras entre los poderosos.

El pertenecer a la familia humana otorga una ciudadanía universal, con derechos y obligaciones que generan relaciones globales, respetando las diferencias locales —que con frecuencia sobreestiman lo accidental— siempre que no se pretendan imponer al conjunto de la sociedad.

El dilema es optar entre generosidad o egoísmo, muy presente en los nacionalismos que rechazan a los demás al buscar solo su bienestar. Debemos comprometernos en relación con la injusticia, la exclusión, la discriminación, la violencia, etc.

No podemos caer en la incoherencia de denunciar estas situaciones en nuestro país, pero ignorarlas en otros. Si queremos más justicia social, tendremos que compartir la riqueza, sin limitarnos a dar algo que no supone un esfuerzo o que nos sobra. Los españoles somos solidarios, aunque a impulsos, si bien hay muchas personas con una generosidad admirable, que en ocasiones desarrollan como voluntarios de entidades solidarias.

Los grandes principios y los derechos en que se materializan tienen alcance universal y no cabe encerrarlos dentro de unas fronteras, que los insolidarios sitúan cada vez más próximas a sus egoísmos personales.

—**Europa.** Europa es nuestra gran casa y cuanto ocurre en ella nos atañe y nos obliga a comprometernos. Fue importante en el pasado y lo es ahora como referente plurinacional cuando se sobrevalora lo económico, surgen los «ismos» (aislacionismo, proteccionismo, nacionalismo, terrorismo, populismo, etc.) y están presentes las migraciones y los refugiados. Son situaciones a las que debemos dar respuesta

A Europa la identifican los valores de nuestra civilización: raíces judeocristianas y grecolatinas, reconocimiento de la dignidad de la persona, libertad, tolerancia, justicia social, igualdad, imperio de la ley, humanismo, bien común, ética, solidaridad, democracia parlamentaria, defensa de los derechos humanos, economía abierta y estado del bienestar.

En definitiva, una sociedad caracterizada por el pluralismo, la autocrítica, respeto a la vida, responsabilidad cívica y búsqueda de la verdad. Es una forma de convivencia que desean otros pueblos al ofrecer mayor nivel económico, desarrollo de los ciudadanos e integración de personas, culturas y religiones. No se trata de imponer nuestro modo de convivir, pero sí de protegerlo de propuestas que lo debiliten.

Europa contribuye a la paz, democracia, modernidad y progreso de sus pueblos y está en condiciones de hacer frente a los problemas globales mejor que los países aislados. La civilización europea tiene que defenderse de quienes atacan su esencia; son los antieuropeístas, nacionalistas y populistas que no desean una Europa fuerte y unida.

Debemos preguntarnos sobre cómo queremos que sea la Unión Europea transcurridos 60 años desde su fundación. Durante décadas se ha debilitado su identidad, compatible con la diversidad nacional, por lo que debe avivar los valores que la inspiraron para originar afectos. Si es fiel a sus raíces será un germen de esperanza.

Hay que reorientar su rumbo impreciso, fruto de que sus socios tienen diferentes objetivos en función de sus intereses. Si no hay unos principios aceptados por todos, no avanzaremos. Aquí entra el problema de la cesión de soberanía. No debiera preocupar que haya un desarrollo a varias velocidades si existe un proyecto definido.

Tenemos que conocer los intereses de los demás, que pueden diferir de los nuestros y llegar a acuerdos. Esto requiere inteligencia y una actitud de encuentro y generosidad. Europa será fuerte si no pierde la memoria de su historia y mira hacia el futuro, ya que cuando ha olvidado sus fundamentos ha entrado en crisis.

Este tema recibe escasa atención de los creadores de opinión. Hay que promoverlo con la educación para potenciar sus valores, evitando mensajes contradictorios que impidan su arraigo, involucrando a las familias, docentes y agentes sociales.

—*España*. Me he referido al entorno, sociedad civil, valores y modelo de sociedad. Ahora reflexionaré sobre algunas políticas a desarrollar en nuestro país. Lo primordial es habituarnos a analizar y actuar.

Para conocer nuestro contexto, es útil saber qué pensamos los españoles. Existe un estudio de la Fundación BBVA realizado en 10 países de la Unión, sobre: «Valores políticos-económicos y la crisis económica», que ayuda a conocernos y a compararnos:

- Pertenencia a alguna asociación: en la U.E.: 42,5%; en España el 29,4%.
- Responsabilidad del Estado para asegurar un nivel de vida digno: en la U.E.: 54,5%; en España: el 74,1%.
- Responsabilidad de la persona para asegurar su nivel de vida: en la U.E.: 40,8%; en España: el 23,6%.
- Preferencia por un alto estado del bienestar: en la U.E.: 66,2%; en España: el 80,5%.
- Valoración del esfuerzo para obtener mayores ingresos: en la U.E.: 59,5%; en España: el 41,5%.
- Apoyo a los ajustes para hacer frente a la crisis: en la U.E.: 38,5%; en España: el 20,8%.

Sin matizar: los españoles deseamos, más que otros europeos, que el Estado resuelva nuestros asuntos, pero somos menos propicios al esfuerzo y al asociacionismo.

Los medios de que dispongamos nos condicionan, ya que hay que costear las políticas. Sin profundizar sobre los impuestos directos, indirectos y tasas, que las financian, parece lógico que los impuestos sufraguen los servicios que llegan a todos los ciudadanos y las tasas los que disfrutan solo una parte (es difícil aceptar que mayores sin formación ni pensión, subvencionen a jubilados y universitarios con altos ingresos).

No podemos ignorar el fraude fiscal y la economía sumergida, que obstaculizan un sistema impositivo justo, ya que la carga tributaria recae sobre quienes no pueden evadirse de ella.

Estamos ante un dilema de solidaridad ¿queremos ser más o menos generosos? ¿hacia que áreas orientamos nuestras contribuciones?

IX. Políticas a desarrollar

Recibimos numerosos servicios del Estado: defensa, justicia, comunicaciones, relaciones exteriores, seguridad, prestaciones sociales, etc. No es posible analizar todos y solo me referiré a algunos.

—*Educación*: no es casualidad que empiece por ella. Es el factor más determinante para el bienestar de la sociedad (aunque entre las preocupaciones de los españoles ocupa el puesto número 13). Hay consenso en conseguir una buena educación/ formación, pero no en su contenido. Es una materia conflictiva y lugar de choque de ideologías cuando los políticos la utilizan para difundir sus ideas, concedores de su trascendencia.

En lo referente a la enseñanza básica, obligatoria y gratuita, según los informes PISA la situación de España es mala, lo que es preocupante, más aún dada la diferencia de resultados entre las autonomías. Las leyes educativas han contribuido a deteriorarla y los estudiantes llegan a la universidad con una preparación deficiente.

Las causas están en los planes de estudios, la disminución de los horarios lectivos y la menor disposición de los estudiantes al esfuerzo, al vivir en una sociedad orientada al hedonismo y a la comodidad (no rechazable siempre que el tiempo ganado se destine al desarrollo personal).

El deterioro del respeto a los profesores, la violencia entre los alumnos, el consumo de drogas, etc., ofrecen un panorama preocupante que se traduce en la mayor tasa de fracaso de la Unión Europea.

El derecho a la educación está reconocido por la Constitución, así como el de los padres para que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus propias convicciones. Aquí no hay igualdad de oportunidades: los colegios son públicos, concertados o privados, con precios desiguales y ello es un freno a la libre elección.

Hace tiempo se trató del «cheque escolar» proporcionado por el Estado para que el alumno realizase su formación en el centro que pretendiera; hoy no se habla de ello y se ponen dificultades a los centros concertados. Consecuencia: hay colegios en los que la mitad de los alumnos son inmigrantes y en otros hay muy pocos, lo que no contribuye a la igualdad e integración.

Si miramos a la Universidad, no puede aspirarse a que todos los estudiantes acudan a ella al no haber empleo cualificado para tantos titulados (el 18% abandonan los estudios) cuando el número de universitarios españoles es superior a la media europea, confirmándose así la necesidad de potenciar la

formación profesional. Hay que garantizar que ningún talento se malogre por falta de medios (la solución es un buen programa de becas).

La transferencia de la educación a la CC.AA. ha producido un número excesivo de Universidades con escasa calidad, que se evidencia en las clasificaciones internacionales, baja valoración por los alumnos y mediocre nivel medio de los egresados (aunque se dice, algunos discrepamos, que son los mejor formados de nuestra historia). Según las Autonomías hay diferencias de costes de matrículas y las fórmulas endogámicas para incorporar profesores no contribuyen a la excelencia.

La Universidad en su origen desarrolló la cultura y el conocimiento y configuró un pensamiento sobre un soporte espiritual —el cristianismo— y una lengua común —el latín— siendo los conocimientos universales y los profesores se formaban en toda Europa. Hoy estamos globalizados, pero el conocimiento que se imparte, muy frecuentemente es local.

Hay que mejorar la investigación y la formación integral. Se reclama capacitación en función de las necesidades de la empresa y al tiempo se dice que los jóvenes de hoy van a desarrollar trabajos que todavía no existen. La Universidad puede desorientarse y la ideología política no resuelve la cuestión si la convierte en foro de proselitismo (el equipo rectoral es de derechas o de izquierdas). Hay buenos profesores que creen en su labor y luchan, pero otros han abandonado la Universidad.

La Universidad debe forjar personas con valores, deseosas de saber, de formarse continuamente y abiertas al conocimiento; así cumplirá su misión, que en su inicio era ser una comunidad de Maestro y discípulos en busca de la verdad desde la libertad. Es importante la atención a las humanidades, que pierden importancia cuando se defiende una Universidad utilitaria.

El sistema educativo es fruto de la sociedad y un reflejo de sus defectos y virtudes, a los que coadyuva. Si falta el rigor, los principios están difuminados y no existe respeto a los demás, difícilmente podemos lograr una buena Universidad. Se ha dicho, me cuesta creerlo, que la culpa de sus males es de quienes llevan décadas planificando la ignorancia sistemática y la rebelión contra toda excelencia.

Según Cicerón en «Pro Arquia»: «las letras —un saber ennoblecido por un ideal moral— le ofrecen al hombre la oportunidad de ser un *homo humanus*, de alcanzar en sí el ideal de la cultura humana, la *humanitas*, en la que destaca la importancia de la cultura humanista en aras de lograr la formación integral del hombre, tanto en su dimensión intelectual (*paideia*) como moral (*philantropia*), logrando que el saber haga mejor al hombre, que alcanza la

plenitud de su humanidad y su modelación ética». Reflexionemos sobre si vamos en la buena dirección, si se educa en valores permanentes y si se consigue un desarrollo integral, pues sin buena educación no hay desarrollo, ni progreso, ni igualdad.

—**Sanidad:** es un servicio que con carácter general tiene una aceptable calidad, aunque todos deseamos una sanidad perfecta por estar en juego nuestra salud o vida. Una sanidad buena es muy cara y la muy buena, que dejaría satisfechos a todos, tiene unos costes que ningún país puede soportar.

Por su alcance casi universal y amplia cobertura se financia con impuestos. La española subsiste con médicos mal retribuidos y porque diez millones de ciudadanos acuden a la sanidad privada, lo que les representa un doble coste (más de 7.000 millones de euros al año). El hecho de que esté transferida a las CC.AA. provoca descoordinación, desigualdades y mayores costes.

También soporta carga ideológica pues algunos consideran que la sanidad pública debe ser dispensada por funcionarios y otros defienden que lo imprescindible es garantizar la calidad y la libertad de elección, con independencia del prestador.

¿Procede el copago? Desde su implantación en la prestación farmacéutica se han reducido costes, dado que existía un mal uso de los medicamentos. Se critica que no es social, pero las alternativas son o más impuestos o reducir otras ayudas.

—**Pensiones:** son una de las grandes prestaciones sociales. Periódicamente se alude a ellas por su trascendencia y por la falta de determinación política para solucionar sus dificultades y facilitar información veraz a los ciudadanos.

Debemos decidir si queremos un Estado ultra-protector (hay que satisfacer muchos impuestos o cotizaciones) o preferimos resolver directamente parte de nuestras necesidades (tendremos que pagar los costes de las que asumamos). Un exceso de estado del bienestar desincentiva a los ciudadanos y perjudica el funcionamiento de la sociedad.

Esta es una decisión no solo económica sino también política pues puede significar dar un gran poder al Estado sobre parte de nuestra vida (con inevitables efectos expansivos) no respetando el principio de subsidiaridad.

El Pacto de Toledo, vigente desde el año 1995, es fruto de tomar conciencia de que existen problemas; se han adoptado medidas tímidas y parciales que retrasan la solución definitiva, crean inquietud e incertidumbre; la

falta de información frena que los trabajadores exploren otras vías para complementar las pensiones públicas.

Existen algunos mitos como que la protección social de los países nórdicos es mejor que la española, tan sólo verdad en parte, pues no es cierto en relación con la sanidad y las pensiones.

Si atendemos a cuanto representa en España el importe de la pensión sobre el último salario (la llamada tasa de sustitución), hace quince años, quien se jubilaba con un salario medio, había trabajado y cotizado 35 años, podía percibir una pensión líquida mensual similar a su salario; en 2013 era del 81,9%, la segunda más elevada de Europa. En Dinamarca era del 53,7% y la media de la Unión Europea del 45,7%.

El pensionista español en 2013 recibía 1,44 euros por cada euro cotizado y el de Suecia, un euro por 1,28 cotizados. Todos los países están adoptando medidas y es posible que dentro de dos décadas la jubilación sea a los 75 años.

Las causas de nuestras dificultades (baja natalidad, elevado desempleo, mayor esperanza de vida, etc.) han provocado que en España el número de cotizantes por pensionista sea de 2,2 cuando lo mínimo debiera ser 2,5. Ello conduce inexorablemente a una reducción de las pensiones, a un incremento de las cotizaciones sociales o a la financiación con impuestos.

La decisión que se adopte afecta a todos, y la sociedad civil debe ser más combativa, reclamar información y soluciones. Procede hacernos unas preguntas:

—¿Qué ingreso consideramos aceptable en la jubilación? Pudiera ser el 75% del último salario, dado que hay menos obligaciones económicas.

—¿Cuánto estamos dispuestos a pagar a la Seguridad Social /Estado para que garantice una pensión?

—¿Queremos ahorrar si el Estado no cubre nuestras expectativas? Las alternativas son: cuenta corriente, seguro, fondo de previsión, adquisición de un piso, complementar la pensión con trabajos a tiempo parcial, etc. Son claramente decisiones personales.

La cuantía total de los planes de pensiones en España es muy inferior a los de los países nórdicos ya que sus ciudadanos, con ayudas públicas inferiores, ahorran más para complementar sus ingresos. En España se dedica el 7% de las rentas a planes de pensiones (solo el 40% de los españoles los tiene) porcentajes que comparados con los de otros países, están en la franja baja.

Otro aspecto es si las pensiones se financian con impuestos o cotizaciones. La solución es que el Estado, la sociedad y los individuos actuemos con responsabilidad, para hacer frente a las jubilaciones de diez millones de personas con un coste anual de 140.000 millones de euros.

—**Otras prestaciones sociales.** Para progresar en la justicia social son necesarias medidas que reduzcan la exclusión, la discriminación, la pobreza y las desigualdades. Me refiero a algunas políticas sensibles para la estabilidad social.

—**Familia:** la persona y la familia son anteriores al Estado. Su protección contribuye, fomentando la natalidad y la estabilidad, a garantizar la pervivencia de la sociedad y de nuestra civilización. Además, es la primera y principal escuela de formación. ¿Cuál es nuestra posición sobre la protección social, económica y jurídica de la familia que está reconocida por la Constitución? ¿hay que prestarle más atención y mayores ayudas?

La realidad es que estamos en un nivel muy inferior al de otras naciones de nuestro entorno. En España, del gasto social, dedicamos el 5,3% a la familia, cuando la media de la UE es el 8,1% y los países nórdicos están en torno al 11%.

La crisis que sufrimos desde hace diez años no ha sido devastadora gracias a la familia que ha prestado un soporte irremplazable y muy valorado, aunque no esté suficientemente protegida como institución de derecho natural y tampoco en los aspectos económicos. Esta es una decisión estratégica.

—**Personas con discapacidad.** Son cuatro millones (con una incidencia en doce millones de personas) y en muchas ocasiones no disfrutan de los derechos reconocidos a todos los ciudadanos. La aprobación por la ONU el 13 de diciembre de 2006 de la Convención internacional sobre los derechos de las personas con discapacidad, que entró en vigor en España en mayo de 2008, supuso un avance, pero resta camino por recorrer para la inclusión de las personas con discapacidad.

Se nos plantea la alternativa de a dónde dirigir los fondos públicos. La responsabilidad económica última recae en los políticos cuyas decisiones no siempre cuentan con la aquiescencia de todos los ciudadanos ¿Qué es más importante, fomentar el montañismo o la inclusión de las personas con discapacidad? Estamos ante un asunto de justicia. En esta área la sociedad civil es muy activa con importantes realizaciones.

—**Mayores.** Los mayores son un porcentaje creciente de la población, consecuencia de un incremento de la esperanza de vida. Son los principales consumidores de atención médica, medicamentos y prestaciones de depen-

dencia. Son numerosos los servicios que contribuyen a su integración social durante un período que con frecuencia supera los 20 años. Dadas estas circunstancias, es imprescindible que existan políticas específicas para ellos.

—**Infancia.** La atención a la infancia no es ajena a las ayudas a la familia por ello algunas pueden incluirse indistintamente en cualquiera de los dos epígrafes. El trabajo de las mujeres fuera del hogar ha dado lugar a diversas fórmulas para la conciliación, atender a los hijos y facilitar su ingreso en la educación infantil al menor coste. Hoy nuestra escolarización de menores de cuatro años es superior a la media europea. Cuanto más desarrollados están los países, más atención se presta a la infancia.

—**Desempleo.** Es una prestación en revisión dados los cambios que se producen en la organización del trabajo. En la actualidad se jubilan personas que han trabajado cincuenta años en la misma empresa, algo impensable en el futuro.

Cada vez son más frecuentes los cambios de empresa y los trabajos temporales alternados con períodos de desempleo ¿Como va a hacer frente la sociedad a la nueva situación? Esto, que afecta a la formación, residencia y prestaciones de desempleo, requiere imaginación y flexibilidad de toda la sociedad para gestionarlo. Dado nuestro elevado desempleo, España es el país de Europa que dedica mayor porcentaje de su gasto social a este fin, en detrimento de otras áreas.

—**Relaciones con la naturaleza.** Una sucinta referencia a nuestra relación con el medio ambiente. Hay que compatibilizar el desarrollo de la persona y solventar sus aspiraciones, con preservar el ambiente natural, respetando su equilibrio y con «solidaridad ecológica», ya que cuidar el ecosistema favorece al ser humano y a los pueblos. Es una muestra de cómo el desarrollo incrementa algunas necesidades. Es un reto que exige reflexión y la colaboración de todos.

X. Resumen

Finalizo esta exposición en la que espero hayamos asumido que, con responsabilidad, compromiso y optimismo, entre todos podemos y debemos construir una sociedad mejor.

Esto es posible si conocemos nuestro entorno y sabemos dónde llegar. El basarnos en los principios, tener sentido crítico, mantener las convicciones, guiarnos por hechos ciertos, buscar el rigor y la verdad, respetar la dignidad

de la persona y ganar ámbitos de libertad, son los cimientos para ser eficaces. La sociedad civil unida tiene fuerza para proponerse altas metas.

Para conseguirlas debemos optar por un modelo de sociedad que valore inequívocamente que formamos parte de la familia humana y que favorezca el máximo bienestar de sus integrantes; ello requiere una visión global, solidaria y generosa de las relaciones. Formamos parte de Europa, lo que condiciona nuestra vida; su éxito está supeditado a la fidelidad a los valores que inspiraron su creación.

Nuestra mayor capacidad de influir está en España cuyo futuro depende de contar con principios y de que las políticas a desarrollar sean respetuosas con los derechos básicos, principalmente en educación, pensiones, sanidad, familia y prestaciones sociales.

Confío en que entre todos lo consigamos ya que, si lo ambicionamos, lo lograremos. O, dicho de otro modo, conquistaremos cualquier meta que nos propongamos, si tenemos el norte claro y trabajamos sin desfallecer y con entusiasmo.